

# PARA QUE NADA CAIGA EN EL OLVIDO

Fernando Molero Campos

[...]

*seré siempre el que esperó a que le abrieran la puerta junto a un muro sin puerta.*

Fernando Pessoa. *Tabaquería*

- Leo, ¿vienes o qué?

La pregunta, el grito, sale de la boca de Corso, el cabecilla del grupo. Su nombre verdadero es Alfonso, aunque quiere que lo llamen Corso porque adora a los corsarios que surcan los mares al abordaje de otros barcos con un loro sobre el hombro. Es el más fuerte. El más guapo. El más valiente. El más chulo. El que tiene la mejor bicicleta. El que más rápido pedalea. Aquél por quien suspiran las chicas más bonitas del colegio y guardan su amor en secreto las menos agraciadas o tímidas. A algunas ya las ha besado. Él es el líder. Tiene madera. Todos lo seguimos como borreguitos, sin cuestionar su liderazgo. Si él dice vamos, lo secundamos. Si dice quietos, nos detenemos sin atrevernos a dar un paso hasta que nos autorice. Yo he decidido hoy desobedecer. Con todas las consecuencias. Sé que esto me costará caro. El rechazo. Las zancadillas. Las burlas. La soledad. O algo mucho peor. Tendré que suplicar, pedir perdón y arrodillarme para que me vuelvan a aceptar en la pandilla, para que Corso consienta en que sea, cuando haya expiado mi culpa, otra vez, uno de ellos. Lleva mal que sus subordinados le pongan pegos o se subleven.

Pero eso será mañana. O pasado. Otro día. No hoy. Hoy no quiero ser uno más del grupo, una sombra. El camino del hombre pasa por asumir que uno no ha de ser rehén de su propia debilidad frente a los demás. La aceptación social es una pesada losa que nos condena a renunciar a algunas necesarias parcelas de libertad.

Me he quedado quieto cuando él ha dicho nos largamos. Subido a mi bicicleta. Un pie en el pedal y otro en tierra. Al filo del andén. Contemplando al anciano triste al que mis amigos acaban de tirar piedras desde el otro lado de las vías. Le han llamado loco, viejo chiflado y cosas peores. Todos menos yo. Mudo. Igual que una estatua. Detenido ante el espanto de la crueldad.

- Tira tú también, marica –me ha dicho Corso riéndose mientras me lanzaba piedras más pequeñas a mí. No para hacerme daño. Para que reaccionara sumándome a su fiesta de maldad. Buscaba hacerme cómplice. Sellar mi compromiso con los demás. Comprar si acaso mi silencio al participar en la lapidación. En la Biblia y en la catequesis nos enseñaron que el que estuviera libre de pecado tirara la primera piedra. Aquí no están en juego ni los pecados ni el perdón. Aquí se apedrea y se humilla a una persona sólo para echarse unas risas a su costa.

Creo que se han pasado. Han cruzado un límite que yo no he estado dispuesto a sobrepasar. Puedo soportar con dificultad sus pequeños destrozos, los hurtos sin importancia o que se ceban con los animales. Sin embargo, tratar de esta manera horrible a un hombre indefenso que no nos ha hecho nada me ha resultado repulsivo. Quizá de ahí mi quietud. El alma y el cuerpo divididos en dos. Como broma ha sido excesivo. Elocuente como reflejo del comportamiento humano que dice quiénes somos y hacia dónde vamos. Eso me ha impedido participar.

- Ahí te quedas, imbécil. Luego no vengas llorando porque quieres salir con nosotros. Vámonos.

Hace un gesto con el brazo que recuerda al del soldado de mayor rango del Séptimo de Caballería llamando al ataque, al galope, contra los apaches o los sioux en las películas del Oeste que veo las tardes de domingo en el viejo cine de butacas rojas y ambigú en el que venden refrescos y golosinas. Es una orden que todos cumplen de inmediato. Abandonan el escenario de los hechos y parten con su misión cumplida.

Las ruedas de las bicicletas de Corso, Luis, Javi y Gonzalo levantan del suelo guijarros y nubes de polvo hasta el asfalto de la vieja carretera de la estación. Los veo alejarse sin mirar atrás, vociferando, insultándome tal vez, dueños de un mundo del que yo, por decisión propia, acabo de quedar excluido. Van rápidos. Como si los persiguiera el mismísimo demonio o llegaran tarde a una

nueva cita con lo que ayer eran travesuras de niños y hoy se han convertido en barbaridades de muchachos que no quieren saber nada del pasado ni pensar en el futuro. Son ya puntos de colores en movimiento sobre el lienzo del horizonte. Contemplo cómo se pierden a lo lejos, tras la segunda curva, más cerrada. Bajo entonces de la bicicleta y, empujándola, cruzo las vías y me acerco al anciano. El corazón me late fuerte en el pecho. De alguna manera extraña que no sé explicar, tengo miedo. Pero el temor a lo desconocido no me paraliza. Al contrario. Como atraído por la fuerza poderosa de un imán, me aproximo más y más.

El viejo permanece con la cabeza gacha, mirando al suelo. Ni siquiera la ha levantado cuando la lluvia de piedras ha repicado sobre el hormigón y sobre los cristales ya rotos de la estación abandonada. Él sigue allí, ajeno a cuanto lo rodea, congelado en un tiempo y un espacio que sólo parecen pertenecerle a él. Está sentado en un banco medio podrido de los que hay junto a la puerta, casi confundido con el paisaje: un hombre abandonado a su suerte.

El edificio es una ruina que conserva las cuatro paredes y un techo de tejas levantadas en el que anidan los pájaros. El interior es una desolación, un paraje de basura y caos similar al que dejan las bombas atómicas al estallar en el corazón de las ciudades. Los trenes hace tiempo que dejaron de pasar; ya no se detienen a dejar o recoger viajeros. No hay maletas. Ni señores con un billete en la mano. Ni madres que van a visitar a sus hijos allá donde se encuentren. Ni chicas enamoradas que despiden a sus novios con un pañuelo blanco mientras los ven partir con su petate y sus uniformes de soldados, asomados a las ventanillas agitando las manos, camino de un lugar imaginario llamado servicio militar.

Es un viaje interior el del anciano, un viaje en el que sobran ferrocarriles, maquinistas, vagones e incluso los raíles. El traqueteo que lo zarandea por dentro es el de sus propios recuerdos viajando hacia atrás para impedir que descarrilen en la estación del olvido.

He dejado la bicicleta echada sobre una de las paredes y me he acercado despacio. Mirándolo fijamente porque apenas hay rastro de vida en él, tanta es su quietud. Sólo la chaqueta, abotonada a la altura del pecho, sube y baja con su respiración. De no ser por ello, diría que el anciano está muerto.

- ¿Se encuentra bien, señor? –le pregunto.

No alza la vista ni muda su posición. Descubro que no mira al suelo sino las palmas de sus manos abiertas. Se acaricia las yemas de los dedos. Como si echara en falta algo.

- Es nada lo que me queda en la ambueta. La vida se ha ido entre los dedos –dice al cabo, sin mirarme.

- Lo siento mucho, señor, pero no lo entiendo. No sé qué es la ambueta.

Me lo explica como si yo no estuviera allí y se lo dijera al viento. Sus palabras no caen en saco roto. Me dice que es la porción de algo que nos cabe en el cuenco de las manos. Que el suyo está ya roto. No así el mío, que soy joven, apenas un niño todavía. Y me pregunta si se han ido ya mis amigos y por qué yo no me he marchado con ellos. Quiero decirle que son unos imbéciles y que lo que han hecho no ha estado bien, razón por la que en el nombre de todos le pido disculpas. Pero no lo hago; callo. Las palabras no acuden a mi boca. Quizá saldrían solas si me mirara y me interpelara directamente.

De súbito, levanta la cabeza, la gira y fija sus ojos en los míos. Pregunta:

- ¿Eres Eduardito?

Niego con la cabeza. Le digo que mi nombre es Leonardo. Que todo el mundo me llama Leo.

- Ah, una pena. Ojalá fueras Eduardito –se lamenta-. ¿Quieres que te cuente una historia?

Tomo asiento en el suelo. Con las piernas cruzadas. Como los comanches y otros indios a la hora de fumar la pipa de la paz. Yo no me he querido ir con el General Corso y sus soldados. Será que soy un indio. El viejo y yo, allí sentados, tan solitarios, en comunión con las ruinas del entorno, somos los últimos mohicanos. Estoy lo suficientemente cerca para poder escucharlo sin necesidad de que alce la voz. Es mi manera de decirle que sí, que por favor, adelante, que puede contarme esa historia, que soy todo oídos, que estoy deseando escucharla, que se lo debo como pago por lo que mis amigos acaban de hacerle. Comprende. Cambia su actitud corporal. Comienza a hablar

pausadamente, con una voz suave que recuerda a la de esos narradores orales de otras culturas, a aquellas abuelas que contaban cuentos a sus nietos al calor de la lumbre.

De su boca sale un nombre: Eduardo. Así me bautizaron. Con el nombre de un muerto. Mi madre, sin quererlo, estando yo todavía en su vientre, me encadenó para siempre a la memoria de un niño al que se le apagó la luz antes de tiempo. Lo lloró un rato. Tampoco demasiado porque tenía otros hijos a los que atender y la criatura que aún no era yo del todo, nadando en sus entrañas. Cierta estoicismo práctico presidía el gobierno de sus días, de su familia: la mirada al frente, el paso firme, un corazón para albergar todo el amor que tenía para darnos, todo el dolor que cabía en su pecho. Podía sentir su tristeza a través del cordón. Pronto aprendí que la vida sería una sucesión de pequeñas y grandes tragedias anestesiadas por efímeros instantes de felicidad. Tal vez por eso nunca dejé de ser un chico raro, un hombre no al uso vagando entre sombras, en busca de un sentido para la existencia. Tal vez por eso tus amigos me tiraron piedras hoy, porque no saben lo que es la vida y se sienten molestos ante lo que no comprenden. Yo, por mi parte, a estas alturas, continúo sin encontrar mi lugar en el mundo.

Fue una mujer fuerte, generosa y sabia mi madre. Solía decir, a quien quisiera escucharla, que el reino de Eduardito no estaba entre los hombres, que pertenecía más bien a lo celeste, a las estrellas, que por eso se había marchado con ellas. A lomos de un corcel de polvo de plata, añadiría yo después en un poema que titulé *El muertito que me habita*. A él le debo mi débito con el diminutivo.

Eduardito era mi hermano: el que murió antes de que yo naciera. Heredé su nombre y con él la oscura obligación de vivir mi vida como si estuviera en deuda con su recuerdo, con lo que podría haber sido y nunca fue. Yo era dos en uno. Así pues, igual que otros inventan amigos imaginarios con los que jugar y conversar si no tienen a nadie cerca, me vi obligado, desde bien pequeñito, a insuflar el hálito de un alma errante en el corazón de aquel Eduardito del que yo era secuela, anfitrión o reflejo y al que sólo conocía de una foto que le hicieron después de muerto con sus mejores prendas. Parecía un viejo achicado, una momia jibara que miraba al infinito con sus ojos apagados y un enigma pintado en el rostro pálido del cadáver que era. De ahí que bien pronto quisiera dedicarme por entero a la literatura. Estaba convencido de que en su seno hallaría las respuestas, encontraría la manera de dar salida a tanta carga. Siendo otros podía ser yo mismo y también mi hermano muerto. Mi voz sería su voz. Todo estaba en los libros. Y en ellos vertería, palabra a palabra, línea a línea, la miel y la hiel de un millar de vidas posibles.

- ¿Tienes hermanos tú, Leo? –me pregunta.

Le digo que no y él me dice que es bueno tener hermanos. Uno aprende más rápidamente cuando tiene hermanos. Despabila o se queda atrás. Siete tuve yo sin contar a Eduardito. Todos éramos varones. Yo, el más pequeño de todos, fui el protegido de mamá. Cierta debilidad de espíritu y una exacerbada sensibilidad, sumadas a la culpa secreta de considerarme el causante de la muerte del hermano aunque no lo fuera, hicieron de mí una criatura desvalida. Mamá lo tuvo claro desde el principio. Las madres poseen rayos X en los ojos y un millar de antenas invisibles para detectar los peligros que acechan a su prole. Tanto fue su empeño por resguardarme de todo mal que acabó condenándome a algo quizá peor: el aislamiento, la soledad. De niño me acostumbré a ver el mundo a través de la ventana, inalcanzable, deformado por la textura transparente del vidrio. Los paseos y los juegos en la calle con aros y trompos y pistolas de madera me estaban vedados. Como si más allá de las paredes del hogar sólo hubiera para mí peligros y un aire tóxico que terminaría envenenándome. Lo mío eran los cromos, los libros y un teatrillo de marionetas con el que jugaba a inventar historias. Por el proscenio desfilaban lobos malvados, brujas, muchachas con una caperuza roja, héroes mitológicos, chiquillos aprensivos, esqueletos que regresaban de la muerte. En ellos proyectaba mis miedos, mis deseos, mis sueños. Años más tarde supe de un escritor japonés cuya infancia, regida en su caso por una abuela sobreprotectora con ínfulas aristocráticas, había sido muy similar a la mía. En estos términos. Él acabo quitándose la vida en un acto teatral supremo; yo decidí continuar viviendo. Aunque fuera apartando sombras a mi paso.

Fui creciendo así como me ves: larguirucho y delgado como un junco. Tendría nueve o diez años cuando se despertó en mí la maldición del sonámbulo. Una rareza más que anotar en mi

particular currículum de peculiaridades. Me levantaba por las noches de la cama, cruzaba descalzo el pasillo e iba a la cocina a beber un poco de leche. La mayoría de las veces, sin embargo, caminaba con los ojos cerrados y los brazos desmayados a cada costado hasta el dormitorio de mis padres, a decir que tenía frío, a pedir un vaso de agua, a contarles, en sueños, que me había visitado Eduardito, todo vestido de blanco, como un ángel, y me había extendido la mano para que la tomara y lo acompañara allí adonde reposaban sus restos.

- Anoche querías agua.

- Ayer tiritabas a los pies de nuestra cama.

- Me despertaste rezando junto a la ventana.

- La pasada noche soñaste con tu hermano. Eso está muy bien. No debes olvidarte de él porque él, si no se hubiera ido, te cuidaría y jamás se olvidaría de ti.

Mamá me ponía al corriente de mis andanzas nocturnas cada vez que éstas tenían lugar. Ella lo vivía con total naturalidad. Me daba un beso y me acompañaba a mi cama. Si acaso, temía porque me pudiera pasar algo malo vagando así dormido, inconsciente, sin ser dueño de mis actos. No así mi padre, que no terminaba de comprender el enigma en que poco a poco me iba convirtiendo. Su vida se resumía en marchar pronto al trabajo, beber unos vasos de vino y jugar a cartas o al dominó en el casino después de la jornada laboral, regresar luego a casa a dictar sus férreas normas de conducta y poner orden si se terciaba necesario. Una pedagogía de miradas aceradas, dedo índice levantado y un invisible látigo de fuego restallando en cada una de sus palabras.

Era un hombre de carácter áspero mi padre. El rostro surcado de una extraña mezcla de pergamino y candor. Aunque tal vez sería más justo decir que pertenecía a esa raza de hombres duros procedentes de la montaña que parecen cincelados en roca o extraídos directamente de las entrañas oscuras de la mina. Sus imposiciones educativas se regían por la alternancia, a veces justa, a veces aleatoria, de mandatos y castigos. Yo temblaba en su presencia. Sobre todo si su vozarrón se alzaba por encima del barullo general. Callábamos todos. Se hacía un silencio sepulcral en el que se podía oír el aleteo de una mosca antes de posarse sobre la lámpara de luz. Nadie se atrevía a contradecirle. Me refugiaba entonces en las faldas de mi madre, que disimulaba para que los rayos y truenos de aquel dios implacable que era su marido no me alcanzaran.

Hasta que el tiempo hizo de mis hermanos mayores hombres también. Con sus propias ideas sobre el mundo. Con sus deseos y sus sueños. Con un afán de rebeldía nacido precisamente del rigor y la severidad paternos.

- Enseguida te hablaré de mi hermano Nicolás, el que se marchó de casa con una compañía de comediantes y saltimbanquis.

Me fascina la estructura de su relato al romper el orden lógico de la narración para adelantar unos acontecimientos de los que, asegura, hablará más tarde. Supongo que lo hace para comprobar que no me pierdo entre los retazos de su biografía, para mantener mi atención. Y vuelve de nuevo a los días del sonambulismo en los que su padre, cansado de tolerar lo que para él no eran más que comportamientos estúpidos de niño mimado inducidos por el calor de la madre, explota en plena noche, a gritos, sin importarle despertar a toda la familia o que lo oiga el vecindario al completo. Dijo hasta aquí hemos llegado, con un torrente que hubiera hecho enrojecer de envidia la furia de un volcán en erupción. Fue porque me quité el pijama y, desnudo, traté de acostarme con ellos en la cama. Mi mamá intentaba de convencerlo de que no lo hacía queriendo, de apaciguarlo rogándole por favor que no gritara porque me despertaría y no era bueno despertar a los que duermen y andan en sueños. Pensaba que si se nos arrastraba a la vigilia bruscamente podíamos quedarnos, como los bobitos, en una suerte de limbo del que no sabríamos escapar ya nunca.

Procedía mamá de una familia en la que las supersticiones cotizaban alto. No era bueno dormirse con el pelo mojado porque te podía atrapar la locura. Ni bañarse con agua fría, en el mar, con lo rojo. Ni derramar la sal. Ni romper los espejos o pasar por debajo de una escalera. Tampoco despertar a quien anda en sueños como si estuviera despierto. Pero mi padre no callaba, insistía en que todo era culpa de ella por malcriarme, por tratarme como una niña débil que no sabía valerse

por sí misma, que si Dios no nos había querido dar hijas, sólo varones, por algo sería. Y cosas peores.

Se levantaba mamá de la cama rauda, en camisión, y, tomándome de los hombros, me conducía, como una gallinita ciega, a mi dormitorio. Después regresaba al suyo para ofrecerle su calor de mujer al padre enfurruñado.

Eran los días en que mi hermano Nicolás se unió a la tropa de la farándula y los titiriteros para oprobio de mi padre, que montó en cólera pero no pudo impedir que se marchara alegre, feliz y contento como una bailarina, como el enano saltarín del cuento. Dijo, a quien quisiera escucharlo, que su hijo Nicolás estaba muerto y enterrado para él, igual que el niño Eduardito. Aquello hizo sufrir a mi madre: el recuerdo del hijo muerto y la pérdida, quizá definitiva, de Nicolás. Supe de su añoranza. Ella no le guardaba ningún rencor. Más bien al contrario, le deseó suerte en silencio y en silencio rezó también para que el buen Dios se lo devolviera algún día, aunque fuera con la derrota del hijo pródigo a cuestas.

Nicolás se convirtió en mi héroe. Lo admiré profundamente entonces, más que antes incluso. Aun cuando más tarde la vida no le sonrió en exceso ni fue del todo justa con él. Ser capaz de romper las cadenas que lo ataban a nuestra casa y a la rigidez de las normas instauradas en ella por mi padre era una proeza sólo al alcance de un titán. Mi titán.

Aquel episodio desestabilizó el mundo sólido y ordenado de mi padre, que trataba de ocultar la desilusión bajo capas y capas de yeso seco en el rostro. Como si fuera una máscara griega, impertérrita al albur de los designios de los dioses. Pero poco después, otro de mis hermanos mayores siguió los pasos de Nicolás. Preparó discretamente su maleta y sin aspavientos, en el cónclave familiar de la cena a cuyo extremo de la mesa se sentaba el padre adusto, expuso su intención de marcharse al día siguiente. Iría al puerto más cercano y subiría a un barco para cruzar el ancho océano en busca de fortuna. Sacó del bolsillo interior de la chaqueta un papel doblado y lo extendió. Era un anuncio de un navío en el mar y una nueva tierra de promisión en la que se necesitaban brazos fuertes de hombre.

- Quiero hacer fortuna –fueron sus palabras. Secas. Lapidarias. Que no dejaban lugar a réplica u objeciones.

Ya ves, continuó. A diferencia de lo sucedido con Nicolás, a mi padre se le hinchó el pecho ante la noticia de la marcha de Rubén. Porque un hijo sólo se marchaba de casa si contraía matrimonio o encontraba un trabajo lejos del hogar o el Altísimo lo llamaba a su gloria antes de tiempo. Nunca para avergonzar a su familia vagabundeando por esos mundos de Dios como un mendigo, un bufón del que todos se reírían a cambio de unas simples monedas o un plato de comida caliente.

La familia se desmoronaba. Mi padre tuvo entonces la feliz idea de separarme de mi madre. Quizá temiendo el contagio de aquella diáspora, iniciada por Nicolás y secundada por Rubén, y atendiendo a mis buenos resultados escolares, le comunicó a la esposa su decisión de que el pequeño Eduardo marchara a la ciudad a continuar sus estudios secundarios. Así se hará un hombre de provecho, sentenció. Los ojos de mamá brillaron bajo la lámpara del salón. ¿Estaba yo preparado para caminar solo por el mundo, un chiquillo que desconocía todo sobre la vida, sin apenas contacto con la realidad? La respuesta que palpitaba en su corazón era simple, se componía únicamente de dos letras, contundentes como el golpe de un martillo sobre la fragua: no. Sin embargo, por no contrariar al esposo y por considerar que igual aquella decisión no sería tan descabellada, asintió diciéndole que me prepararía para ello.

Prepararme era la manera que tenía ella de ir despidiéndose de mí. No sólo es que tuviera que hacerme la maleta con lo necesario o que me anegara a consejos para acometer las vicisitudes de la nueva vida a la que habría de enfrentarme, es que intuía que ya nada volvería a ser como antes, que lo que viniera después me iría alejando poco a poco de sus brazos, de su amor. Si tuvo miedo de que pudiera fracasar o de que los demonios propios y ajenos me tumbaran sobre el fango de la existencia, una vez más lo calló para sí. Su sonrisa me acompañaba siempre allí adonde fuera por la casa.

Llegado el día, mis padres me llevaron a la estación de trenes y se despidieron de mí. Mamá me abrazó con todas sus fuerzas y me cubrió de besos antes de subir al vagón. Ya está bien, dijo mi padre. A partir de ahora tendrá que aprender a valerse por sí mismo, a defenderse solo sin que nadie esté a su lado, sin que lo vigiles constantemente. Me puso la mano derecha sobre el hombro y me deseó buen viaje, hijo mío. Y ya en el estribo del vagón juraría que mi padre tenía los ojos líquidos, a punto de las lágrimas. Aquello me desconcertó. Yo jamás lo había visto llorar. Es más, en casa todos teníamos terminantemente prohibido entregarnos al llanto. No importaba la circunstancia bajo la cual éste fuera convocado. El dolor. El miedo. La rabia... Todo debía ser guardado en el arca del corazón con siete llaves, sin compartirlo jamás. Eran las lágrimas para él un símbolo de feminidad, de debilidad sobre la que un hombre no podía construir nada, no ya un imperio, sino siquiera la más mínima forja de su espíritu.

Si me hubieran arrancado los brazos y las piernas al mismo tiempo no habría sentido tanto dolor. Sentado en mi asiento, junto a la ventana, vi pasar el paisaje entre lágrimas. Mi padre ya no estaba allí para recriminarme. Una amable señora que viajaba en el mismo compartimento trató de animarme asegurándome que todo iría bien. Me ofreció un poco de paloduz para que anduviera entretenido mascándolo.

Los primeros años en la ciudad fueron durísimos. Vivía en casa de una parienta lejana de papá, una viuda amargada a la que Dios no había dado hijos y, por mal entendida decencia, tampoco amantes. Apenas tenía amigos. Por supuesto no me permitía recibir visitas. Una vez al mes me llegaba una carta de mamá que olía a ella. La esperaba con la misma ilusión que un niño su juguete la noche de Reyes. En ellas me decía que todos estaban bien, que se acordaba muchísimo de mí, que me echaba tanto de menos, que mi padre había estado pachucho, que Rubén les escribía desde un país lejano para contarles que trabajaba demasiado pero que era feliz. Cosas así. Palabras que al principio eran bálsamo para mi tristeza y que más adelante leía, si no con indiferencia sí con cierta frialdad. La distancia, quién podía negarlo, me había ido vacunando contra lo que algún día sería el inexorable pasado. Mis preocupaciones ahora eran otras. La primera: sobrevivir. Los compañeros de clase no me aceptaron. Rápidamente detectaron que yo era distinto a ellos, peculiar. Todos los días me ponían a prueba. Sabían que no les respondería, que aguantaría sus envites. Me convertí en el centro de sus chanzas, en la diana sobre la que disparar sus dardos envenenados.

Aún recuerdo con nitidez el día en que con mi caja de acuarelas salí al campo a pintar el río, los árboles de sus orillas, el horizonte dividido entre ocre y azules. Me acomodé sobre una piedra y planté enfrente mi pequeño caballete y mi cuaderno de dibujo. Lo dispuse todo para llenar algunas hojas de manchas de colores que imitaran el paisaje, la realidad circundante. Un silencio sólo interrumpido por el vuelo de los pájaros, la corriente del agua y la brisa me acompañaba. Aquella soledad conseguía acallar a mis fantasmas. Y no había terminado de dibujar los perfiles de la que iba a ser mi primera obra del día cuando me vi rodeado por un grupo de chicos de mi edad y un poco mayores. A algunos los conocía de clase o del centro. Los rostros de otros, por el contrario, me eran totalmente desconocidos. Se acercaron con sonrisas cínicas y me preguntaron qué hacía, por qué pintaba aquello, si no tenía miedo de estar en un lugar tan solitario. No me molesté en contestarles. Continué con mi tarea. Ya imaginaba lo que querían y cuál sería el desenlace de aquel encuentro quizá no tan fortuito. Me estropearon el dibujo y mancharon el resto de hojas en blanco. Desparramaron por el suelo los bonitos colores de mis acuarelas. Hicieron trizas el caballete. A uno se le ocurrió amenazarme con reventarme la cabeza si me iba de la lengua o se lo contaba a alguien. Pero no era necesaria tal intimidación. Ellos y yo sabíamos que no diría nada, que callaría, aguantaría y tragaría.

- Los niños y los muchachos, bien lo sabes tú, son lobos con piel de cordero. Los trasquilas y le ves las pústulas, los colmillos, el amarillo de los ojos –me dice-. Hoy lo hemos visto aquí. No ha cambiado tanto desde mis tiempos. Las formas. Las circunstancias. Los espacios. Nada más. Infringir humillación y dolor a sus semejantes parece estar en la naturaleza de los niños. Si no se les enseña bien, crecen torcidos sin darse cuenta del mal que van dejando a su paso por el mundo.

Pienso en Corso y en mis amigos. En la secuencia de imágenes que parpadea en la pantalla de mi cerebro a veinticuatro por segundo. Visualizan su presa. Desmontan como vaqueros de sus

bicis. Disimulan. Alguno incluso silba. Se agachan y cogen piedras. Abren con desmesura sus bocas. Ríen. Las lanzan al otro lado de las vías. Donde está el anciano que me cuenta su historia. Le escupen palabras que son flechas y balas. Pierdo por un instante la concentración. Cuando regreso de ese lugar de desconexión al que me he ido un momento, el anciano me habla de rimas y versos, de cuentos e historias.

La poesía. Los libros. El estudio. Mi sensibilidad e inteligencia. La unión de todos esos elementos me salvó. Bueno, eso, y la llegada al centro de don Ambrosio Galán Zatrústegui, el profesor de Letras del que mis compañeros también se burlaban.

Era don Ambrosio un señor bajito con bigote, perilla y gafas de alambre que parecía, por su extraña manera de hablar, un ser de otro mundo. Empleaba vocablos que la mayoría jamás había escuchado y que, sin embargo, a mis oídos sonaban a música celestial. Se movía espasmódicamente, como a impulsos eléctricos. A veces abría mucho los ojos y te miraba fijamente, a la manera de un hipnotizador que tratara de convencerte de la entrada en su mundo con palabras altisonantes. Parecía entonces más un roedor que un hombre. Decía, *nuestras vidas son los ríos que van a dar a la mar que es el morir; o coged de vuestra alegre primavera el dulce fruto antes que el tiempo airado cubra de nieve la hermosa cumbre, marchitará la rosa el viento helado, todo lo mudará la edad ligera, por no hacer mudanza en su costumbre; o vivo sin vivir en mí y tan alta vida espero que muero porque no muero; o un monte era de miembros eminente este que de Neptuno hijo fiero de un ojo ilustra el orbe de su frente, émulo casi del mayor lucero, cíclope a quien el pino más valiente bastón le obedecía tan ligero, y al grave peso junco tan delgado, que un día era bastón y otro cayado*. Era capaz don Ambrosio de recitar de memoria versos y poemas enteros de los más grandes poetas de la literatura española. En sordina le llamaban Ambrosio el Robot, Don Ratón o El poetastro que alabó la bola de alabastro.

Consciente de que su reino no era de este mundo, se conformaba el pobre con que su semilla germinara en al menos una de aquellas criaturas a quienes trataba de impartir clase. Y esa criatura fui yo. Me convertí en el receptáculo de toda su sabiduría. Así como en la piel de otros resbalaba cuanto él decía, en mí la pregnancia de sus palabras era tan intensa que quedaba empapado por la música de aquel deslumbramiento intelectual. Don Ambrosio me guio, me mostró el camino, las lecturas y las reglas por las que habría de regirme para convertirme en un buen escritor. Mi sensibilidad y ciertas dosis artísticas hicieron el resto. Casi sin darme cuenta, con el tiempo, a la par que alimentaba el cuerpo y crecía, nutría el alma con libros y más libros. Me convertí en un voraz lector que devoraba cuanto caía en sus manos.

- Sé que te preguntarás si nunca más volví a casa.

Asiento. En efecto, siento curiosidad por saber qué fue de sus padres y de aquel Eduardito difunto que al parecer siempre ha vivido adosado al espíritu de este anciano singular. No tengo que preguntarle nada. Regresa al pasado del pasado y me dice, claro que sí. Volvía a casa por vacaciones. Yo ya no era el mismo. Tampoco ellos. Me fui haciendo mayor. Ellos fueron envejeciendo lentamente. Descubrí facetas de mi padre que hasta entonces me habían pasado desapercibidas. Mamá me contó que había viajado en tren muchos kilómetros para acompañar a su amigo Venancio a casa de una hija suya. El pobre había contraído una grave enfermedad contagiosa y todos le habían dado de lado. Tu padre, sin miedo, le preparó el equipaje, lo arropó bien para que no pasara frío durante el viaje y no se separó de él hasta que estuvo junto a su hija, me dijo. Actos como aquel engrandecían su figura. Aquella imagen de padre severo que me infundía pavor y para quien las leyes escritas y las que formaban parte de la tradición eran de obligado cumplimiento se fue desdibujando en mi memoria. Se mostraba menos distante, más afectivo. Daba gusto contemplar cómo cuidaba las plantas, con qué delicadeza y amor, hablándoles incluso, contándoles secretos como que en el fondo de su corazón se arrepentía de haber dado por muerto a mi hermano Nicolás, el titiritero al que la suerte fue esquiva y nunca más volvió a ver.

Mi madre, en cada visita, me pedía que la acompañara a llevar flores a la tumba de Eduardito. No se lamentaba ni lloraba. Simplemente se dedicaba a recordarlo. Allí, de pie, sin asomo de aquella antigua tristeza que le vistió de luto las entrañas. Para la eternidad. Era un niño tan bueno. Como tú, Eduardo. Él siempre sonreía. Aun cuando la muerte lo rondaba con sus dedos

largos y sucios, con sus labios fríos, con su guadaña afilada. Le faltaba añadir que no como yo, con mi carácter sombrío que se inclinaba con más frecuencia de la deseada a la ensoñación y la melancolía. Pero no era mamá de ese tipo de mujeres. No al menos de las que hacen daño conscientemente. Sin reparar en ello, con la mayor naturalidad, me soltaba que su deseo era que cuando yo muriera fuera enterrado en aquella tumba, junto a él, porque temía que tantos años tan solito, sin nadie de su familia cerca, lo hubieran convertido en una criatura despegada y descreída. Ni que decir tiene que aquellas palabras se me clavaban como cuchillos en la carne. De alguna manera provocaban que deseara pronto el abrazo de la muerte. Tanta era mi culpa entonces.

Regresaba después a los estudios. A los libros. A las lecciones de don Ambrosio. Y aquel mundo que cada vez iba dejando más atrás se tornaba en mi memoria páginas cenicientas de un tiempo vivido por un niño que se parecía mucho al que una vez fui, del que renegaba sabiendo que era tarea imposible, que los vaivenes de la infancia marcaban como un estigma, que su ámbar o su veneno corrían por las venas inexorables, como la sangre, necesaria. Y no existe purga en el mundo que te libere de ellos.

El resto de mi historia, la de un hombre ya, apenas tiene importancia, se puede resumir en unas cuantas líneas conducentes, en una suerte de eterno retorno, a ese territorio de la niñez en el que tenemos hundidas las raíces, sin importar cuán lejos creamos encontrarnos de él.

Los libros, como ya supondrás, fueron mi vida. Me convertí en un escritor de éxito. Viajé por todo el mundo y me fui alejando de aquella casa tras cuyas paredes crecí enfermo de temores. Del antiguo sonambulismo que quizá me condujo hasta aquí ya no quedaba ni rastro; se quedó a los pies de la cama de mis padres, añorando el cuerpo cálido de mi madre, el abrazo de mi padre, la protección de sus sábanas. Gané admiradores por doquier y aquellos que una vez se rieron de mí, me insultaron y quebraron mis pertenencias y parte de mi confianza en el ser humano se vanagloriaban ahora públicamente de haber estudiado conmigo, de haber sido mis amigos en la adolescencia, en la juventud. La realidad, como el pasado y las mentiras que nos contamos a nosotros mismos y a los demás, se riega con una extraña mezcla de ilusiones y ficción.

Los premios y otros aledaños de la literatura me permitieron llevar una vida relativamente cómoda. La libertad, no obstante, aunque soñada y perseguida, dudo que jamás llegara a pertenecerme. Si acaso disfruté de algunos retazos. Lo mismo que de la felicidad: esa dama esquiva que, vestida de blanco, nos saluda desde la ventanilla de trenes que pasan, en destellos fugaces de la vida que estallan en el cielo como fuegos de artificio.

Y todo para qué. Todo finalmente me ha conducido hasta aquí. Esta estación de la que un día partí y que ya sólo es un albergue para ratas. Si miro más allá, la sombra difuminada de un niño sube al tren después de ser despedido por sus padres. Sale humo de la locomotora. Un pitido anuncia la inminente salida. Viajeros al tren, grita un señor de uniforme con gorra de plato. El tiempo se detiene, se transforma en huella. Aunque las personas viajen en pos de su destino.

Ahora que siento el aliento de la muerte en la nuca he vuelto al lugar que tal vez nunca debí abandonar. Eduardito lleva muchos años esperándome. Mi madre, que vivió más allá de los noventa, murió recordándolo. Eso me dijeron quienes estuvieron cerca de ella. Para él fueron sus últimas palabras. Con los ojos líquidos dicen que dijo: “Mi Eduardito no era criatura para este mundo”. Murió en paz. Convencida, quizá, de que su marcha sólo era un encuentro con aquel hijo añorado tantos años, lo que viene a fortalecer la idea de que las heridas de la vida nunca llegan a cicatrizar. Aunque intentemos disimular con los frágiles mimbres del olvido.

- Así es que aquí estoy. He venido a reunirme con Eduardito, a cumplir la misión que mi nombre me impuso, a ser uno con él. Ya sé cuál es mi lugar en el mundo: esa tumba a la que junto a mi madre llevábamos flores.

El anciano vuelve a bajar el rostro y se contempla de nuevo las manos, ajeno a mi presencia. Me da la sensación de que, después de transmitirme su relato, queda menos vida en esa ambueta de la que me habló al principio. Sin proponérmelo, soy el depositario de su historia. La he escuchado y ya no puedo hacer nada por sacarla de mi mente, condenado a continuar rememorándola por él. Para que no caiga en el olvido.



Se ha hecho un poco tarde. Caigo en que mi madre estará preocupada por mi tardanza. Sobre todo si se ha cruzado con alguno de mis amigos camino del mercado o de la mercería. Le extrañará que no vaya con ellos. Igual hasta le pregunta a Luis, que es vecino nuestro. O a Javi. O a Gonzalo. O a Corso incluso. A pesar de que no le cae demasiado bien. Dice que es un manipulador y uno de esos chicos a los que les gusta meter a los demás en líos. O a todos al mismo tiempo. ¿Dónde habéis dejado a Leo?, les preguntará. ¿Qué le dirán ellos entonces? La verdad: que me he quedado a consolar a un anciano en la vieja estación. Mentirán a medias tal vez diciéndole que no saben nada, que me fui por mi cuenta hace rato.

- Lo siento mucho, pero tengo que marcharme. No quiero que mi madre piense que me ha pasado algo malo –digo y me pongo en pie-. Me puede caer una buena bronca.

- Nuestra madre nunca haría eso, Eduardito.

Lo miro con asombro y le repito una vez más que yo no soy Eduardito. Sonríe.

- Lo sé. Eduardito soy yo. ¿Sabes si falta mucho para que pase el próximo tren?

Una pena inmensa me embarga. ¿Ha perdido el juicio el anciano? Por la coherencia del relato de su vida no me lo parecía. Le aseguro que hace muchísimo años que no paran trenes en aquella estación.

- Puedes acompañarme entonces al cementerio.

Le pido que me siga. Cojo la bicicleta de la pared y nos ponemos en marcha. No subo al sillín ni pedaleo. Aferrado al manillar, la empujo hasta la carretera. Camino a su lado por el mínimo arcén. Él va abstraído en sus pensamientos. Yo, en los míos. Él, quizá, pensando en el hermano muerto, en ese Eduardito de quien heredó su nombre y al que jamás conoció. Yo, en cómo me las maravillaré para que Corso y los demás me vuelvan a admitir en el clan, en si merece la pena tratar de ser como ellos, disimular, camuflarse y ser una oveja más del rebaño. Él, anhelando una muerte que se le antoja cercana, la liberación de la pesada carga que lo acerque a la madre y, sobre todo, a los huesos del niño Eduardito. Yo, buscando en el catálogo de excusas el mejor de los pretextos con el que convencer a mi madre de que no he estado por ahí gamberreando ni perdiendo el tiempo. Finalmente creo que le diré la verdad. Que Corso y los otros le tiraron piedras a un anciano en la estación medio derruida. Que me dio pena de él y me quedé un rato a su lado. Que me contó la historia de su vida. Que lo acompañé hasta el cementerio. La verdad nos redime. La verdad nos hace libres. La verdad nos convierte en auténticos hombres.

A cada poco lo miro queriendo ver en él al niño sonámbulo que se levantaba en las madrugadas para acudir al dormitorio de sus padres a pedir agua, a rezar o a contar que ha soñado con el hermano muerto. No hallo ni rastro de él. Lo que sí veo es un trasunto del Caballero de la Triste Figura, ese Alonso Quijano o don Quijote de quien nos habla continuamente en clase don Ramón. Vencido como en el poema de León Felipe que nos obligó a aprendernos de memoria. Ignoro por qué, pero comienzo a recitarlo en voz baja. Ni tan alto como para que me aplaudan las espigas del trigo que se alzan a un lado y otro de la carretera, ni tan bajo como para que el anciano que asegura llamarse Eduardo no me oiga. Cuando llego a los versos que dicen: *Y ahora ociosa y abollada va en el rucio la armadura, / y va ocioso el caballero, sin peto ni espaldas, / va cargado de amargura, / que allá encontró sepultura / su amoroso batallar. [...] Por la manchega llanura / se vuelve a ver la figura / de don Quijote pasar. / Va cargado de amargura / va, vencido, el caballero de retorno a su lugar*, somos sombras que forman parte del paisaje.

¿Quién soy yo a su vera? ¿Un pequeño Sancho, adalid también de las causas perdidas? ¿Dónde los molinos? ¿Qué místéricos entuertos habremos de desfacer?

Así, en silencio, paso a paso, igual que sabios a quienes sobran las palabras porque ya se lo han dicho todo, vamos llegando al pueblo. Dejo al viejo Eduardo junto a la cancela de entrada del cementerio y me despido con un ligero movimiento de cabeza.

- Ha sido un placer conocerlo.

Me descubro hablando como lo haría mi padre. O como lo haría él mismo. No son ésas, palabras propias de muchacho. Siento que en una mañana he aprendido sobre la vida más que lo haré en muchos años. Hay momentos que son como columnas sobre las que día a día iremos edificando el edificio de nuestra existencia. Hoy es uno de esos días.

- Adiós, Leo –me dice el anciano levantando la mano y regalándome una sonrisa.

Levanto la mano yo también. Le devuelvo la sonrisa. Subo a la bicicleta y ruedo calle abajo en pos de mi casa a lomos del vértigo que da la velocidad.

- Llegados a este punto puedo decirte, Armando, que esa velocidad es una carrera contrarreloj perdida contra la muerte.

De esta manera terminó mi abuelo Leonardo la historia de aquel hombre al que conoció un día siendo un muchacho después de haber sido apedreado por sus amigos en la estación en ruinas. Yo sólo había ido a darle vuelta a su habitación por si necesitaba algo. Él me pidió, por favor, que me sentara a su lado. Arrimé la silla a la cama y lo miré a los ojos. Había en ellos agua, tierra, cielo, una vida hecha, como todas, de sueños y renunciadas.

Llevaba el abuelo varios meses postrado en cama anhelando el final. No le tenía miedo al vacío o la oscuridad que pudiera reinar allí adonde fuera una vez se le cerraran los ojos para siempre. Estaba convencido de que había otro lugar para los muertos, una vida diferente en la que el estorbo de los cuerpos hubiera cedido su terreno al gozo de la espiritualidad. Esperaba encontrarse allí con la abuela Elena, fallecida años atrás, la mujer que había sido su esposa durante más de cincuenta años.

Era el abuelo Leonardo, de joven Leo, apenas una pavesa que, de no estar a resguardo de la intemperie, la más ligera de las brisas podría haber arrastrado más allá de las sábanas que cubrían su cuerpecillo: un esquema de huesos y piel en el que todavía latían las certezas del mundo.

- Está bien, abuelo. Me voy, que tengo que seguir estudiando. La semana que viene tengo tres exámenes y quiero aprobar todo.

- Espera, Armando. Una última cosa. ¿Sabes cómo se despidió el viejo Eduardo a las puertas del cementerio?

Me encogí de hombros para darle a entender que no tenía ni idea. Pensé añadir que me lo dijera, que me contara también qué fue de Corso y sus amigos de la infancia. Pero callé. Para qué, si estaba seguro de que igualmente me lo contaría. Tal vez no hoy. Otro día. Hoy era el turno de Eduardo.

- Me dijo alzando la voz como un profeta bíblico para que yo alcanzara a escucharlo antes de desaparecer de su vista cuesta abajo: “Recuérdame, porque cuando muere un anciano y se lleva sus conocimientos y experiencias a la tumba sin habérselas transmitido a nadie es como si la más hermosa, magnífica y deslumbrante biblioteca del mundo ardiera y con ella, pasto de las llamas, los libros en ella contenidos. Ahora tú, joven Leo, eres el guardián de mis palabras, el dueño de las tuyas cuando un día seas, como yo, un hombre viejo y, por añadidura, un anciano sabio”.

No tuvo que decir nada más el abuelo. Con dificultad me guiñó un ojo. Comprendí. Todos somos uno; formamos una cadena invisible de saberes que hacen posible la vida, que nos ofrecen las herramientas para conducirnos en el mundo. Aunque todavía era muy joven, casi tanto como él cuando Eduardo le contó su historia, supe entonces que aprender era tomar aquello que se nos entregaba, sin consistencia material, atesorarlo y transmitirlo a las generaciones venideras.

Mientras tanto, entretendría el tiempo con las banalidades atrapadas en los libros del instituto. Con el estudio parecían querer castigarnos en lugar de abrir en canal el manantial de la vida para que bebiéramos de él hasta saciarnos sin mesura.